

# El PRD. La pugna por un nuevo liderazgo\*

*Yolanda Meyenberg Leycegui\*\**

Una de las definiciones más difundidas en la actualidad es la de democracia como un sistema basado en la selección de líderes mediante elecciones competitivas. Si se le da por buena, la pregunta que cabría hacerse es por qué un liderazgo tan aceptado a finales de la década de los ochenta para encabezar el tránsito del país a esta forma de régimen, como lo fue el de Cuauhtémoc Cárdenas, ha perdido su atractivo como opción de cambio en la geografía nacional.

En este ensayo se analizará la situación actual del liderazgo en el Partido de la Revolución Democrática (PRD) a la luz de sus orígenes; el liderazgo caudillista que lo ha caracterizado; la transformación de su programa de acción en 1998, y el intento de consolidación de nuevos liderazgos de cara al proceso electoral de 2006.

## Los orígenes ¿Nace el PRD como un partido político?

El PRD se constituyó, en su momento, a partir de una coalición disímil de fuerzas divididas por su origen ideológico, sus intereses, su pertenencia política y sus estrategias de presión. Los factores que justificaban

\* Agradezco a Francisco Curi Pérez Fernández sus comentarios y sus aportaciones a este ensayo.

\*\* Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

su integración entre las fuerzas de izquierda eran la lucha por el cambio estructural, la defensa de los grupos minoritarios o la instauración de un régimen socialista en el país.<sup>1</sup>

Otro elemento que incidió en esta suma de intereses fue la lucha en contra de la élite neoliberal que se hizo del poder a principios de la década de los ochenta, y que restringió el acceso a la élite política tradicional –anclada en el PRI– y a los partidos de oposición.

Por sus características y por la dinámica de su relación con otros partidos, el PRD puede considerarse un caso atípico y de no fácil ubicación dentro de los parámetros que ofrece la teoría. La sustitución del Frente Democrático Nacional (FDN) por un partido no fue una decisión meditada ni articulada a partir de un proyecto político con fines bien definidos. Por el contrario, el PRD se creó en medio de la euforia de 1988 para aprovechar el éxito de la convergencia de partidos y de grupos de interés que se sumaron a la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas.<sup>2</sup> También nació como una respuesta organizativa a la gente que permanecía movilizada después de un largo tiempo de reclamo postelectoral y para no caer en un inmovilismo que podía ser interpretado como complicidad o falta de voluntad política.<sup>3</sup>

De la coalición de partidos que constituyeron el FDN (Partido Auténtico de la Revolución Mexicana, PARM; Partido Popular Socialista, PPS; Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, PFCRN; Partido Mexicano Socialista, PMS) sólo el PMS<sup>4</sup> continuó en la alianza de fuerzas políticas que constituirían al PRD. El nuevo

<sup>1</sup> Francisco Curi recuerda que muy poco tiempo antes se había formado el Partido Mexicano Socialista (PMS), principalmente con la afluencia del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y del Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), además de otros partidos y organizaciones políticas; es decir, desde antes de la formación de la corriente democrática en el Partido Revolucionario Institucional (PRI), la izquierda estaba en un proceso de coincidencia organizativa y para muchos de ellos la formación del PRD fue una consecuencia de ese proceso.

<sup>2</sup> Carlos Huneeus describe una situación semejante al momento de la constitución de la UCD en España véase: *Unión del Centro Democrático y la transición a la democracia en España*, Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI, Madrid, 1985.

<sup>3</sup> Comentario de Francisco Curi.

<sup>4</sup> El PMS fue constituido en 1987 por la fusión del PSUM y el PMT.

instituto político se distinguió por ser una amalgama de diversos grupos de izquierda y ex priístas con distintos anclajes políticos,<sup>5</sup> cuya existencia se justificaba a partir de la lucha para la toma del poder y la transformación del *statu quo*.

Su proyecto se basaba en la intención de refundar la ideología revolucionaria que legitimó la formación del Estado mexicano, para construir un nuevo pacto constitucional asentado en una democracia abierta y emancipatoria.

El Partido de la Revolución Democrática pretendía avalar su presencia en el espectro partidista nacional dando a la historia un carácter de epopeya. Quería que su nacimiento fuera visto como uno más de los actos heroicos que han marcado el destino de la nación. En su caso, este acto consistía en preservar las tradiciones políticas y defender al país contra la cada vez más fuerte incursión del neoliberalismo.

Otro de los argumentos en los que el PRD basó su proyecto fue en la denuncia y desconocimiento sistemático de los procesos electorales —locales o generales— en los que participaba. El partido denunció y confrontó al gobierno en distintas arenas políticas, para señalar la ausencia de elecciones limpias. Toda derrota perredista —aun las producidas en buena lid— era considerada por su dirigencia como un mero proceso formal para arrebatar al PRD puestos de representación efectivamente ganados en las urnas. Así pues, el PRD tenía como impulso político original y esencia de su existencia la lucha por alcanzar lo que, desde su propio punto de vista, era un verdadero sufragio efectivo de la ciudadanía.<sup>6</sup>

En su origen, el PRD recogió algunas de las tradiciones y vicios de integración prevalecientes en la política mexicana. Como el viejo PRI, su cara externa proyectaba un partido de corte popular, que se servía de los grupos de presión que lograba cooptar como plataforma básica

<sup>5</sup> Jacqueline Peschard, “Liderazgos en el cambio político en México”, en Dutrenit, Silvia y Leonardo Valdés, *El fin del siglo y los partidos políticos en América Latina*, Instituto Mora-UAMI, México, 1994.

<sup>6</sup> Meyenberg, Yolanda y Ulises Carrillo, “El Partido de la Revolución Democrática. Avances electorales, responsabilidad de gobierno y ambigüedad identitaria”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, 1999.

para su acción. Este rasgo propició que el foco estratégico de la labor del PRD se desarrollara principalmente fuera de los espacios parlamentarios.<sup>7</sup>

En su cara interna, los grupos y partidos de izquierda que se incorporaron al PRD provenían también de un errático intento por consolidar su posición ideológica en el sistema de partidos. El hecho de que la izquierda tuviera que organizarse en la clandestinidad y después sufriera cambios sucesivos de membrete y de fisonomía, impidió que se produjera en ella un proceso de maduración política.

## El caudillo y la élite

El Partido de la Revolución Democrática ha sido producto de la conjunción de un liderazgo carismático-plebiscitario y de la acción de pequeñas burocracias.<sup>8</sup> Esto se debió en gran medida a las peculiaridades de su origen, que han incidido en su incapacidad para proveerse de un sólido cuerpo institucional.

El PRD es un partido joven y lo eran también las fuerzas políticas que en su momento lo constituyeron. Salvo sus militantes de cuño priísta, el resto de su dirigencia carecía de una experiencia partidista significativa que le permitiera definir los criterios de operación técnica del partido.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Marr, Heinz, "Partidos de representación y partidos de integración", en Lenk, Kurt y Franz Neumann, *Teoría y sociología críticas de los partidos políticos*, Anagrama, Barcelona, 1974.

<sup>8</sup> Weber, Max, "Tipos y estructuras de partidos", en Lenk y Neumann, *op. cit.*, p. 299.

<sup>9</sup> Curi opina que en el fondo a la izquierda siempre le ha interesado preservar las formas independientemente del resultado. Aquella frase de V. I. Uliánov, Lenin, de que "no hay práctica revolucionaria, sin teoría revolucionaria" caló hondo en muchos que envejecieron siendo militantes puntillosos en los procedimientos internos, en las formas, en la discusión de la línea ideológica y en la preservación de la nomenclatura. Personajes que, por otra parte, se caracterizan por ser pésimos en diseñar una estrategia eficaz para tomar el poder: Ciertamente hoy ésta es una de las asignaturas por resolver en ese partido.

Se observa así un precario avance en la definición de códigos de racionalidad básica que fomenten su cohesión institucional. El PRD no cumple con los requisitos que Panebianco otorga a una organización con una fuerte institucionalización: el grado de autonomía y de intercambio con respecto al entorno y la sistematización e interdependencia entre las distintas partes que la constituyen.<sup>10</sup>

No obstante, existen opiniones en el sentido de que en el interior del PRD se observa un proceso de institucionalización salvaje. Que dentro de un clima de confrontación habitual hay, en efecto, reglas difíciles de entender y principios de convivencia que permiten una estabilidad dentro del caos; que existen códigos que definen los límites de interacción entre corrientes y caudillos, así como la manifestación de expresiones políticas que pueden ir desde férreos principios ideológicos hasta cálculos de un pragmatismo muy elemental.

El PRD no ha logrado tampoco su integración a partir del desarrollo de mecanismos de adscripción afectiva. El carácter improvisado que marcó su constitución, con base en una coalición disímil e inestable, dio como resultado un partido fragmentado y, en ciertos momentos, polarizado. Los diferentes grupos y corrientes políticas que conviven en él distan mucho de tener una concepción homogénea con respecto a lo que éste debe ser, lo cual ha propiciado desavenencias relativas al lugar jerárquico de cada uno de los grupos que lo constituyen, y a la postura ideológica que debe ser adoptada; también ha habido desacuerdos en relación con las estrategias de largo plazo y con la actitud del partido ante “asuntos coyunturales”.<sup>11</sup>

Esta incapacidad organizativa es la causa de que, por muchos años, el potencial político del partido se centrara en la palabra de un caudillo y en las decisiones tomadas por una pequeña élite situada a su alrededor. Asimismo, indujo a que las tensiones y conflictos fueran resueltos a través del arbitraje y no de la normatividad.

<sup>10</sup> Panebianco, Angelo, *Modelos de partido*, Alianza Universidad, Madrid, 1993, p. 118.

<sup>11</sup> Sani y Sartori mencionan algunas de estas características en relación con los sistemas de partido, véase: *Polarization, Fragmentation and Competition in Western Democracies*, en Daadler y Mair, *Party Systems: Continuity and Change*, Sage, Londres, 1983.

Con una estructura formal *sui géneris*, la lógica de su organigrama de funcionamiento se ha visto siempre interferida por la propia dinámica de los diferentes grupos. La distribución del poder y la toma de decisiones ha recaído casi exclusivamente en la dirección del partido. Ésta se ha encargado de la designación de los destinatarios de las prebendas directas e indirectas, del control, del manejo de las relaciones personales e institucionales y del establecimiento de jerarquías.

Aunado a lo que se ha dado en calificar como un carisma de situación<sup>12</sup> (o tal vez debido a él)<sup>13</sup> se encuentra el fenómeno de la alta personalización de la política en el interior del partido, expresada en el protagonismo de muchos de sus dirigentes.

Este tipo de liderazgo se ha convertido en el *modus operandi* que permea a la organización en el plano nacional. La estructura del PRD se constituye en esencia a partir de corporaciones dirigidas por caudillos locales y regionales. Como resultado de esto, los comités municipales y estatales presentan una imagen caótica y de permanente confrontación. En su mayoría, poseen dos direcciones y otros hasta tres, es decir, no se ha podido estabilizar una dirección local unánime y eficaz.<sup>14</sup>

El PRD pasa por una crisis importante, tanto en su forma de gobernarse como en la definición de su identidad. En él coexisten, de manera un tanto contradictoria, los matices de los partidos de izquierda clásicos que lo integraron (y cuya presencia persiste en sus reglas internas formales) con elementos del caudillismo y de la lógica negociación del PRI más tradicional, que se expresan en sus reglas internas

<sup>12</sup> Véase Sánchez, Marco Aurelio, *PRD: La élite en crisis*, Plaza y Valdés, México, 1999.

<sup>13</sup> Panebianco alude a la definición de Tucker de carisma de situación como un fenómeno determinado no por los componentes mesiánicos de la personalidad del líder, sino más bien por un estado de *estrés* agudo en la sociedad que predispone a la gente a percibir como extraordinariamente calificado y a seguir con lealtad entusiasta a un liderazgo que ofrece una vía de salvación de la situación de *estrés* (*op. cit.*, p. 113).

<sup>14</sup> Sánchez, *op. cit.*, pp. 72 y 78.

no escritas. Hacia afuera, el problema más grave del partido radica en su incapacidad para formular un proyecto viable de izquierda y en la ausencia de una estrategia que le permita organizarse para competir verdaderamente por el poder del Estado.

## **En busca de mayor competitividad. Cambio de principios y programa de acción**

El ascenso de Ernesto Zedillo al poder propició un cambio en la relación entre el partido y el Poder Ejecutivo, lo que resultó en una mayor disposición del PRD a cooperar en el proceso de cambio, aceptando los códigos de la apertura política y de un tránsito a la democracia por la vía electoral.

La depuración de la legislación electoral, que otorgó un carácter cada vez más competitivo a las elecciones y mayor transparencia a los procesos electorales, llegó a uno de sus momentos más importantes con la reforma de 1996, en la que se logró que la legislación promoviera la vigilancia de las fuentes de financiamiento de los partidos y la garantía de condiciones más equitativas para el desarrollo de sus actividades proselitistas.

La transparencia y confianza garantizadas a los procesos mediante esta reforma agotaron la posibilidad del PRD de mantener el nicho de su discurso antifraude como mecanismo de atracción del voto. El carácter vertiginoso de los cambios en el país y la puesta al día de otros partidos hacían evidente la obsolescencia de sus postulados políticos.

Los resultados de 1997 le obligarían a adoptar posiciones responsables, por lo menos, en su programa de acción. El PRD parecía haber entendido el reto. En las elecciones del 6 de julio obtuvo 125 diputaciones federales, 25% de la representación legislativa en la Cámara de Diputados, y 16 escaños, de un total de 128, en la Cámara de Senadores. Obtuvo 25.70% de la votación emitida a nivel nacional.

En septiembre de 1997, gobernaba 231 municipios, con 9.30% de la población nacional, de los cuales 71 poseían poblaciones superiores a 25 mil habitantes; en 1993, apenas 16 rebasaban esa cifra.

Todavía más significativo fue el triunfo en la elección de jefe de Gobierno del Distrito Federal, con 48.11% de los votos emitidos, es decir, 1 861 444 sufragios. Concentró 45.22% de los votos para la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, logrando 38 de los 40 escaños de mayoría que componen dicha instancia. Empezó a gobernar a 8 489 007 mexicanos en la entidad más poblada del país.

Al ocupar más espacios de poder, el PRD se vio precisado a diseñar políticas concretas y a respaldar sus acciones ejecutivas o legislativas con un mayor anclaje en la realidad. Se abrió también la posibilidad de buscar una nueva identidad política que le permitiera presentarse ante su electorado como un partido institucionalizado, plenamente incorporado al marco constitucional vigente y con una postura definida en el espectro político: una izquierda moderada.

La actualización del PRD, en 1998, implicó cambios en su declaración de principios y su programa de acción, los cuales mostraban una redacción, un tono y unos alcances sorprendentemente medidos, sobre todo si se les compara con los precedentes.

En el programa de acción aparece la necesidad de lograr un gobierno democrático, honesto y eficaz; elementos identificables con claridad con el ejercicio público de poder, y no con su conquista. El PRD se pronunciaba más sobre las responsabilidades de la administración pública y menos sobre las vías para irrumpir en ella, modificarla y construir una diferente. En los documentos aprobados ya no se contempla la demanda de un nuevo pacto fundacional; se exige, en cambio, que se *restituyan* los principios establecidos en la Constitución.

El cambio fundamental en estas señas identitarias se ubica en el reconocimiento del marco institucional vigente y en el abandono de la idea de la fundación de un nuevo Estado. El PRD abandonó sus posiciones antisistémicas y de enfrentamiento, no como consecuencia de una evaluación interna racional y profunda, sino porque la realidad de sus conquistas electorales lo rebasó y tuvo que dar respuestas, tanto a su militancia como a su electorado, en el ejercicio de gobierno. Empezó a ser necesario un programa de acción que hiciera posible generar opciones administrativas para gobernar y abrir espacios para la convivencia institucional con el régimen y otras fuerzas políticas y, así, lograr éxito en el gobierno.

El optimismo derivado del avance en el nivel local y el intento del PRD por construir una oferta que le permita aspirar con certidumbre a la Presidencia de la República no han logrado concretarse en cambios contundentes para consolidar al partido. Sin resolver sus desventajas de origen y sin capacidad para presentarse como una opción de poder y gobierno para la democracia, este partido permanece atrapado por la coyuntura y los efectos perversos del sectarismo. Hasta ahora, las transformaciones emprendidas han sido insuficientes para consolidar su organización interna y perfilar una identidad moderna.

## **La pugna por un nuevo liderazgo**

Si bien en su primera década de existencia el PRD no modificó en sustancia su cúpula y siguió depositando el poder en sus fundadores y en su “líder moral”, a partir de 1997 el panorama se mostró diferente pues, al enfrentarse con la práctica de la política, muchos de sus líderes y actores relevantes cambiaron sus posturas. Además de la ardua y fallida empresa de consolidación institucional y de los avances electorales, el perfil y la imagen del partido se han visto afectados por la manera en que sus líderes nacionales han decidido guiarlo.

El carisma de situación que derivó en un gran apoyo al Frente Democrático Nacional en 1988 tuvo una fuerte influencia en la constitución del liderazgo del partido. Cuauhtémoc Cárdenas, candidato a la Presidencia e hijo de un defensor del nacionalismo, se convirtió en el caudillo y en el dador de prebendas y potestades en la nueva organización política. La integración del PRD bajo el dominio de su liderazgo carismático otorgó dos rasgos al partido de los que, pese a reiterados intentos, no se ha podido desprender. El primero de ellos es una débil estructura partidista y, el segundo, la ausencia de una propuesta de nueva izquierda semejante a la que plantean los partidos europeos.

Durante su gestión al frente del partido, Cárdenas emprendió una estrategia de enfrentamiento con Carlos Salinas de Gortari, a quien consideraba culpable de suplantar al FDN en el gobierno. El discurso se concentró en enfatizar la ilegitimidad del régimen y en descalificar

sus acciones. Este período marcó el auge del discurso reivindicatorio del proyecto de la revolución mexicana, de la denuncia del fraude electoral; también se distinguió por la crítica permanente a las propuestas de reforma a la legislación electoral. Hasta la fecha, el tono beligerante de Cárdenas se deja escuchar, a título personal, cuando se le da pretexto.

Entre 1993<sup>15</sup> y 1996, Muñoz Ledo procuró imprimir una nueva imagen al PRD, a través de un cambio de estrategia. El discurso rupturista se transformó en una disposición al diálogo; además, fue en este lapso cuando se planteó el primer intento de institucionalización y actualización del partido.

El PRD decidió por fin acogerse al acuerdo general de los partidos y optar por la vía electoral a la transición a la democracia. A partir de esa decisión, el Partido de la Revolución Democrática se incorporó a las negociaciones que definirían las directrices de la reforma electoral.

El papel de Muñoz Ledo dentro del partido puede explicarse con base en dos elementos. Uno, su intención negociadora, con la que pretendía acercar al partido a la dinámica reformista prevaleciente entre las otras fuerzas políticas, para hacerlo parte del proceso de transición a la democracia; el otro, su pretensión de competir por la candidatura del PRD a la Presidencia de la República, como “la segunda mejor opción”, apostando a que alguna circunstancia fortuita resultara en el descarte de Cárdenas. Estos elementos derivaron en una ríspida relación entre ambos líderes y, a la larga, en la salida de Muñoz Ledo del partido.

La gestión de López Obrador (1996-1999) marcó transformaciones significativas. Se enfatizó la tendencia habitual de ofrecer la franquicia del PRD a personajes de otros partidos que tuvieran la posibilidad de darle un triunfo electoral más. En la mayoría de los casos, los candidatos “adoptados” contaban con la suficiente capacidad de convocatoria o eran miembros distinguidos en su estado, lo que podía garantizar, de entrada, un alto porcentaje de votos.

<sup>15</sup> De febrero a julio de 1993 Roberto Robles Garnica fue presidente interino del PRD.

En 1998 la operación franquicia empleada a fondo por López Obrador comenzó a dar resultado en los gobiernos estatales: Ricardo Monreal, ex diputado priísta obtuvo para el PRD la gubernatura de Zacatecas; Alfonso Sánchez Anaya, ex dirigente estatal del PRI en Tlaxcala ganó las elecciones como candidato de la coalición PRD, Partido del Trabajo (PT) y Partido Verde Ecologista de México (PVEM); Leonel Cota Montaño triunfó en Baja California Sur en una coalición PRD-PT y Antonio Echavarría es gobernador de Nayarit gracias a una coalición Partido Acción Nacional-PRD, ambos son ex priístas.

En esta primera década, el liderazgo de Cárdenas dominó al partido. No obstante, con la institucionalización de corrientes verdaderamente fuertes: Nuevo Sol, encabezada por Amalia García; Nueva Izquierda conducida por Jesús Ortega y la Corriente de Izquierda Democrática (CID) de René Bejarano, se inició una nueva correlación de fuerzas. Otro factor importante de cambio fue la emergencia de Andrés Manuel López Obrador como jefe de Gobierno del Distrito Federal, con un novedoso estilo de liderazgo carismático. Antes de esto no habían existido líderes alternativos a Cárdenas, ni Porfirio Muñoz Ledo ni Heberto Castillo lo fueron. Tampoco surgieron corrientes estables y nacionales del PRD; es cierto que hubo algunos intentos, como el de la Trisecta y la Coalición Arcoiris, pero fueron neutralizados por la fuerza de Cárdenas.

Los dos últimos procesos para la elección de presidente de partido han mostrado un pronunciado deterioro en su interior. Amalia García asumió el control del PRD en “segunda vuelta”, después de que se repitieron los comicios debido a que se puso en evidencia su imparcialidad.

Su Presidencia estuvo marcada por dos acontecimientos por demás desafortunados. El primero fue el retroceso electoral del 2 de julio del 2000, cuando el partido pasó de 17.07% de los votos en 1994 a 16.64; el otro fue el Sexto Congreso del partido, celebrado en abril de 2001, que exhibió una vez más la incompetencia del PRD para fijar un programa de largo plazo y discutir con seriedad las líneas de definición de su institucionalización interna.

El tercer fracaso de Cuauhtémoc Cárdenas en su empeño de llegar a la Presidencia después de que abandonó el gobierno del Distrito Federal y la salida del partido de Porfirio Muñoz Ledo, abrieron la posibilidad de buscar un equilibrio de fuerzas a favor de las fracciones no cardenistas. El empecinamiento de las grandes “familias” en hacer públicas sus disputas por la distribución del poder fue el sello de esta reunión.

La corriente constituida por Cuauhtémoc Cárdenas y Rosario Robles, a la que se suman Carlos Imaz, Imanol Ordorika y Camilo Valenzuela, decidió volver a ir por todo el control del partido y presionar por la destitución de Amalia García. Esta estrategia pretendía debilitar a la corriente de los Amalios, integrada en su círculo interior por Martha Gastelum, Elías Miguel Moreno Brizuela y Raymundo Cárdenas, que ha mantenido, en ciertos momentos, alianzas estratégicas con los Chuchos, encabezados por Jesús Ortega, Jesús Zambrano y Carlos Navarrete.

Una de las propuestas centrales discutidas durante el Congreso, la de reformar las estructuras de dirección, no partió de la necesidad de definir criterios de racionalidad para mejorar su funcionamiento interno, sino de los propósitos de limitar la capacidad de acción de la dirigencia en turno<sup>16</sup> y de presionar por un reacomodo de poder.

El Congreso de Zacatecas, anunciado como el inicio de la reforma del partido, resultó ser un catálogo de posturas divergentes no sólo en las formas de hacer y entender la política, sino también sobre el futuro del partido, su oferta política y la recomposición de su tejido interno. El propósito de limpiar la casa, para dotar de una nueva imagen al PRD y proyectarlo como un partido capaz de asumir la Presidencia de la República quedó como una buena intención que chocaba con un ambiente de intransigencia y tensión.

<sup>16</sup> El Comité Político Nacional estaría formado por un máximo de 45 integrantes: presidente, secretario general, los miembros del Secretariado Nacional y los coordinadores de los grupos parlamentarios del partido en el Congreso de la Unión. El presidente y el secretario serían electos por voto universal de los militantes, pero el resto de sus integrantes se elegirían de una lista de personalidades del partido, gobernadores entre ellos, que presentaría el Consejo Político. Sus integrantes no tienen sueldo.

El ascenso de Rosario Robles a la Presidencia en abril de 2002 sirvió de poco para calmar los ánimos. En medio de otro álgido proceso en el que las elecciones en seis estados fueron anuladas y en otros muy cuestionadas,<sup>17</sup> la nueva dirección distaba mucho de instalarse en un contexto de legitimidad y el PRD parecía estar viviendo la división más profunda de su historia.

Con Robles a la cabeza, la operación franquicia fue poco explotada,<sup>18</sup> tal vez por lo que comentaba Fernández Menéndez:<sup>19</sup>

La estrategia que se había planteado el perredismo de crecer absorbiendo corrientes y grupos provenientes de otras fuerzas y sobre todo de los priístas antimadracistas, ya no tiene futuro: los priístas de buen nivel que se sienten desplazados en el PRI, al observar el escenario perredista, saben que pueden ganar más negociando dentro de su propio partido que buscando un espacio en un perredismo ávido de ajustar cuentas internas.<sup>20</sup>

<sup>17</sup> En términos estrictos la elección tendría que haber sido anulada: según los estatutos del PRD si 20% de las casillas son anuladas en un proceso de elección interna éste no tiene validez. Ahora bien, de acuerdo con el muy cuestionado comité organizador de estos comicios, para la elección de presidente nacional del partido se quedaron las anulaciones exactamente en el límite: 19.7% de las casillas. Sin embargo, cuando se ve el resto de la elección, la cifra sube a 36% e incluso hay situaciones como la que se presenta en el Distrito Federal, que podrían hacer aumentar dramáticamente ese porcentaje.

<sup>18</sup> Más allá del presidente en turno, otra de las razones de que esta operación disminuyera es una regla que existe en el partido de que a mayor presencia del PRD en un estado, cualquiera que sea, es menor la capacidad de su dirigencia nacional para postular externos, aunque esto convenga a su causa. Tal es el caso de Zacatecas con Amalia García.

<sup>19</sup> Véase Fernández Menéndez, Jorge, “PRD: Somos pocos pero sectarios”, en *Milenio*, 8 de abril de 2002.

<sup>20</sup> No obstante la baja en el impacto de esta operación franquicia en el período rosarista, el PRD fue a elecciones postulando a ex priístas en Tabasco, con un rico empresario, César Raúl Ojeda Zubieta y en Colima, con un candidato del grupo de Socorro Díaz, hoy diputada federal del PRD, en ambos casos sin éxito.

El objetivo de Robles, al menos en el discurso,<sup>21</sup> de promover una reforma a fondo del partido quedó como un proyecto inconcluso debido a la brevedad de su mandato y a la fuerte oposición hacia su liderazgo, tanto de una parte de la cúpula como de un importante porcentaje de la militancia.

En términos electorales, durante su gestión el PRD ganó la gubernatura de Michoacán y aumentó más de 90% su presencia en la Cámara de Diputados.<sup>22</sup>

Poco más de un mes después del proceso electoral de 2003, un escándalo de malversación de fondos produjo no sólo la dimisión de Robles, sino el rompimiento de su larga y poderosa alianza política con Cuauhtémoc Cárdenas. En su discurso denunciaba ser víctima de un “fuego amigo”. Sus palabras eran el eco de un clima tenso, con amenazas de escisión:

No estoy dispuesta a ser rehén y tampoco soy partidaria de la simulación. En los últimos días se ha hablado de unidad y de cierre de filas, mientras por debajo del agua se emprende de manera premeditada una guerra sucia para desprestigiar y socavar nuestra presencia en la Presidencia nacional para colocarnos una camisa de fuerza.

Leonel Godoy fue electo presidente del partido por un año, tras el cual convocará a un proceso para renovar la dirigencia. La primera opción de las fuerzas primordiales del Consejo Nacional había sido Alejandro Encinas, quien rechazó el cargo. Es muy probable que esa decisión haya respondido a que López Obrador no quiso exponerse a meter una carta propia al frente del partido en momentos tan difíciles, porque esto lo hubiera llevado a corresponsabilizarse del endurecimiento de la postura del PRD en el Congreso y en el partido mismo.

<sup>21</sup> En el discurso pronunciado al asumir la Presidencia del partido hizo un llamado a la autocrítica para recuperar la autoridad moral del organismo político, dijo que el PRD tenía que superar las visiones patrimonialistas y corporativistas de las que todos habían participado.

<sup>22</sup> En declaraciones públicas Rosario Robles afirmó que si el partido no alcanzaba 20% de votos en las elecciones intermedias del 6 de julio de 2003 presentaría su renuncia.

## Conclusión

Algunos analistas manejan la hipótesis de que en la etapa en que se encuentra el PRD sería conveniente empezar a procesar posibles consecuencias del poscardenismo. Otros, como Marco Aurelio Sánchez, afirman que el liderazgo de Cárdenas es intermitente:

Desde su alumbramiento, ese liderazgo ha experimentado momentos de gran auge seguidos por otros de disminución y práctica desaparición. Y esto ha sido así, porque sin resultados no hay fe, y sin fe no hay carisma. Las derrotas electorales de Cuauhtémoc Cárdenas, así como sus declaraciones contradictorias y sus estrategias políticas fallidas, deterioraron su imagen de líder carismático ante los ojos de muchos de los mexicanos que lo apoyaron en 1988; el carisma no es un estado permanente, sino que puede crecer y disminuir, aparecer y desaparecer, o viceversa.<sup>23</sup>

La historia anecdótica del partido y la manera en que se han ido resolviendo las tentativas de insurrección en su interior, hacen pensar que Cuauhtémoc Cárdenas no está dispuesto a convertirse en una figura protocolaria que abre espacios para que otros miembros de la cúpula partidista ocupen papeles más protagónicos y aspiren a la candidatura a la Presidencia de la República en el 2006. No obstante, hay que tomar en cuenta que ha ido perdiendo de manera gradual el halo del héroe que se enfrentó a la maquinaria del autoritarismo, tampoco cuenta ya con el electorado que apoyó su primer intento de llegar a la Presidencia. Esto lo hace un candidato poco atractivo para una ciudadanía que gusta de líderes más modernos. Muchos de los representantes de los grupos del partido piensan igual y han hecho esfuerzos para impulsar nuevos liderazgos.

Si hasta el proceso electoral del 2000 Cárdenas fungió, en teoría, como la instancia absoluta de poder en el partido, en la práctica, la emergencia de líderes fuertes dentro del partido y la consolidación

<sup>23</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 60.

de corrientes con sólida presencia nacional en la estructura cameral y partidaria, dejan entrever a un PRD balanceado en tres bases de poder más que en una personalidad única y suprema.

El cambio en el partido está limitado por el hecho de que la circulación de las élites pondría en riesgo los privilegios de los que goza un grupo muy selecto. Valga de ejemplo la composición de la fracción parlamentaria del PRD en la Legislatura, caracterizada por el predominio de figuras políticas que han ido brincando de puesto en puesto desde la creación del partido.

Entre los integrantes de la nueva bancada perredista se encuentran: Amalia García ex presidenta nacional del PRD y Pablo Gómez, y tres ex secretarios de gobierno, Arturo Nahle, de Zacatecas, José Agustín Ortiz Pinchetti, del Distrito Federal y Emilio Zebadúa, de Chiapas. Están también los ex alcaldes Zeferino Torreblanca de Acapulco, Horacio Duarte de Texcoco, y los ex delegados Iván García Solís, de Venustiano Carranza y Rene Arce, de Iztapalapa, también están 25 perredistas que fueron integrantes del Comité Ejecutivo Nacional.<sup>24</sup>

### **¿Se puede avizorar un nuevo liderazgo para el Partido de la Revolución Democrática?**

Hay ciertos indicios que hacen pensar que es factible. Uno puede ser que el conflicto llegue a tal magnitud que termine con la capacidad de influencia de alguno de los grupos poderosos, con el consecuente impacto en la correlación de fuerzas.

El efecto de la operación franquicia puede ser otro factor a tomarse en cuenta. Las alianzas ya establecidas con personajes notables de otros partidos influirán necesariamente en el surgimiento de liderazgos. Los gobernadores están teniendo una notable presencia en la toma de decisiones y han logrado incorporar a su gente de confianza dentro de la fracción parlamentaria del partido. El ejemplo más ilustrativo es el de Ricardo Monreal, quien se ha convertido en una figura

<sup>24</sup> Aguirre, Alberto, *Mural*, julio de 2003.

cuyo peso político en el PRD no es desdeñable y que sin duda reclamará una cuota de control mayor dentro del mismo una vez finalizada su gestión en Zacatecas.

En tercer lugar, está un liderazgo emergente que puede llegar a consolidarse en el partido si logra aparecer como la figura capaz de conciliar los conflictos en su interior. Andrés Manuel López Obrador, quien en un momento dado subordinó su presencia en el partido a su lealtad hacia Cárdenas, se muestra ahora dispuesto a pelear por una posición más autónoma. Su gestión en el gobierno del Distrito Federal es percibida por el gran público como un éxito, además de que tiene una popularidad que está trascendiendo el espacio de la capital para perfilarlo como una figura nacional.

En López Obrador se repite el carisma de situación que fue tan útil a Cárdenas en 1988 ya que, en el déficit entre las expectativas y los resultados de la democracia, la imagen de un líder fuerte, que hace cosas concretas en beneficio de sectores muy necesitados y que para llevar a cabo sus proyectos no se detiene ante situaciones adversas, resulta muy atractiva para una sociedad desencantada y ávida de un redentor.

La posición de López Obrador dentro del PRD ha sido un tanto ambivalente. Su llegada al partido obedece a una gestión de Cuauhtémoc Cárdenas, pero también se le identificó con Heberto Castillo y después con Porfirio Muñoz Ledo. Cuando fue presidente del partido se le consideraba una gente muy cercana a Cárdenas —con quien mantuvo una lealtad férrea— lo cual incluso hacía que fuera visto por algunos militantes como su “delfín”.<sup>25</sup>

El distanciamiento de López Obrador con Cárdenas se generó a partir de las irregularidades de la cuenta pública que encontró su contraloría en la gestión de Rosario Robles, por malos manejos durante su jefatura de Gobierno, y a la corrupción de algunos funcionarios del gobierno del Distrito Federal, que estuvieron ligados a las administraciones Cárdenas-Robles.

<sup>25</sup> Sánchez, *op. cit.*, p. 86.

Cuando se han evidenciado conflictos internos López Obrador ha decidido mantenerse a distancia, lo cual hace pensar que su decisión de no inmiscuirse se debe a su intención de ampliar sus probabilidades de presentar su candidatura a la Presidencia de la República en el 2006.

La cuarta posibilidad –aunque un tanto endeble– es que surja un nuevo liderazgo de entre los pocos jóvenes con incidencia en el partido, el mismo Lázaro Cárdenas Batel puede llegar a plantearse como el heredero del control que ha detentado su padre.

En todo caso, la construcción de un liderazgo y una estructura de autoridad tiene por fuerza que pasar por dos procesos: la adopción de una nueva identidad que le permita ponerse al día con los perfiles de la izquierda mundial y satisfacer a un electorado cuyas demandas han cambiado drásticamente de 1988 a la fecha.

El otro proceso es el de la conciliación interna, que implicaría a su vez un cambio de la lógica en la que se concibe la distribución del poder. Su actualización requiere emprender lo que se denomina un cambio organizativo, es decir, una reconfiguración de su nivel de institucionalización.<sup>26</sup>

El PRD necesita iniciar una etapa en la que se transite de una coalición de facciones que comparten escasos objetivos en común a una organización madura capaz de convertirse en un partido competitivo y adecuado a los ritmos políticos que vive el país.

Las experiencias anteriores no permiten ser muy optimistas, tampoco se puede olvidar la advertencia de Panebianco: “Ninguna organización puede escapar del todo a su pasado”. Por muy profunda que sea la renovación de sus líderes y los cambios que se produzcan en el cuerpo de la organización, y por muy radical que sea el proceso de “sucesión de los fines”, nunca llegarán a desaparecer las huellas del “modelo originario” de la organización, que seguirán siendo “visibles y numerosas”.<sup>27</sup>

<sup>26</sup> Panebianco, *op. cit.*, pp. 484-485.

<sup>27</sup> *Ibid.*

## *Post scriptum*

Pocos meses después de escribir este ensayo se desataron una serie de escándalos, que implicaban a miembros de la cúpula del PRD, cuya magnitud amerita ser considerada dentro del tema que dio razón de ser al texto: la pugna por un nuevo liderazgo.

En marzo de 2004, se difundió un videocasete en el que se presentaba a René Bejarano, dirigente de la CID, recibiendo dinero del dueño del grupo Quart. Los diálogos y las imágenes mostraban un posible tráfico de influencias.

Unos días antes, los medios habían difundido un video en el que Gustavo Ponce, tesorero del Gobierno del Distrito Federal, jugaba importantes sumas de dinero en un casino de Las Vegas. A partir del hecho se le inició una averiguación por enriquecimiento ilícito y hoy es prófugo de la justicia.

En un tercer video, Carlos Imaz, entonces jefe de la Delegación Tlalpan, aparecía también recibiendo dinero del dueño de Quart, en una situación semejante a la de Bejarano.

Otra de las figuras que se vio afectada por estos acontecimientos fue Rosario Robles —cabe recordar que Imaz había sido uno de sus colaboradores más cercanos y que la relación del partido con el dueño de Quart inició durante su gestión al frente del gobierno del Distrito Federal—. Esto la ha dejado aún más debilitada que después de su renuncia a la dirección del PRD en julio de 2003.

La difusión de este material recrudesció el escenario de confrontación prevaleciente en el interior del partido. Con la intención de deslindarse de los hechos, los involucrados se comenzaron a culpar unos a otros y a implicar a terceros en las operaciones.

Los escándalos, que presumen corrupción en gente cercana a López Obrador, pueden llegar a afectar su pretensión de ser el candidato a la Presidencia en 2006. No obstante, es importante destacar que, al momento de escribir estas consideraciones, López Obrador ha logrado desviar la atención de la opinión pública sobre el meollo del contenido de los videos, a través de una estrategia de defensa en la que alude a un complot del gobierno federal para desprestigiarlo.

Esto, que ha logrado mantener su popularidad ante la ciudadanía, quizá no sea suficiente para otorgarle el liderazgo de un partido en el que muchos grupos desaprueban su conducción y que piensan aprovechar las circunstancias para posicionarse.

Quien puede capitalizar el contexto a su favor es Cuauhtémoc Cárdenas que, después de marcar su posición con un reproche público a los involucrados en los escándalos, ha decidido mantenerse al margen del tema.

En febrero de 2003, Cárdenas y otros miembros del partido dieron a conocer un documento con el que se pretendía responder a una de las mayores críticas al PRD: su falta de capacidad para formular un proyecto de izquierda viable y actualizado. Bajo el nombre de “México para todos”, la propuesta, que abarca siete rubros —soberanía en un contexto de integración, sociedad incluyente, desarrollo económico no neoliberal, educación integral, federalismo equitativo y comunicación democrática— aborda el análisis de la situación del país de una manera más apegada a las preocupaciones de la izquierda en la actualidad.

Cárdenas ha elegido una estrategia de bajo perfil para marcar su camino a la candidatura de 2006. Más que por acciones o declaraciones espectaculares, ha optado por reuniones con grupos específicos dentro de la sociedad, usando como carta de presentación este nuevo proyecto de su grupo político.

Dentro de las conclusiones de este ensayo, había una en la que se hablaba de la posibilidad del surgimiento de un nuevo liderazgo dentro del Partido de la Revolución Democrática. Sin embargo, ante el ambiente de conflicto tanto interno como externo que se observa en relación con el partido, tal vez la opción de la militancia sea reconsiderar las bondades de un liderazgo probado, como el que representa Cárdenas.